

cuando el conclave estaba reunido en Venecia para dar un sucesor á Pío VI, muerto prisionero en Valencia, el recuerdo de los primeros actos del general del ejército de Italia influyó en la elección del nuevo papa de una manera que pudiéramos llamar providencial.

Se recordará que en el momento mismo en que Pío VII obtenía la preferencia del conclave por la esperanza que de él se tenía de que lograría con su espíritu conciliador reconciliar á la Francia con Roma y poner quizá término á los males de la Iglesia, el primer cónsul ganaba la batalla de Marengo, se hacía dueño de una vez de la Italia y dominador de la Europa, y enviaba un emisario, el sobrino del obispo de Vercelli, á anunciar sus intenciones al pontífice nuevamente elegido. Mandábale á decir que hasta que se verificasen nuevos arreglos existiría de hecho la paz entre Francia y Roma, sirviendo de base el tratado de Tolentino, firmado en 1797; que no volvería á hablarse de la república romana imaginada por el Directorio, y que la Santa Sede quedaría restablecida y reconocida por los franceses como en los tiempos antiguos. Nada absolutamente se dijo sobre la cuestión de si se restituirían á la Iglesia las tres grandes provincias perdidas de Bolonia, Ferrara y la Romanía, pero el papa era repuesto en su trono y se le daba la paz; lo demás lo abandonaba á la Providencia. Había además mandado el primer cónsul á los napolitanos evacuar los Estados romanos, y así lo hicieron en efecto, conservando empero los territorios de Benevento y Ponte Corvo. Además prescribió rigurosamente el primer cónsul que sus ejércitos respetasen los Estados romanos en todos los movimientos que hicieran alrededor de Nápoles y de Otranto, y aun envió á Murat, que mandaba el ejército francés de la baja Italia, á doblar la rodilla al pie del trono pontificio. Las previsiones de monseñor Consalvi salieron, pues, acertadas, y no quedaron por cierto sin recompensa, porque así que llegó á Roma le nombró el papa cardenal secretario de Estado y primer ministro de la Santa Sede, puesto que conservó casi todo el tiempo que duró el pontificado de Pío VII.

De resultados de estos acontecimientos, en cierto modo milagrosos, envió el papa á París á petición del primer cónsul á monseñor Spina, clérigo genovés, astuto, devoto y ambicioso, para tratar de todos los asuntos, tanto religiosos como políticos. No tomó monseñor Spina al principio título ninguno oficial; tal era el temor que el Padre Santo tenía de descubrir sus relaciones con la república francesa, á pesar de su inclinación al general Bonaparte y de su ardiente deseo de llegar á un acomodamiento; pero viendo después que acudían á París ministros de todas las potencias, del Austria, de Rusia, de Baviera y de Nápoles, además de los de Prusia y España, que ya allí residían, no titubeó más el Padre Santo, y autorizó á monseñor Spina á revestirse de un carácter oficial y á declarar el objeto de su misión. El partido emigrado francés alzó el grito é hizo inútiles esfuerzos para impedir la reconciliación de la Francia con la Iglesia, persuadido de que si llegaba á faltarle el instrumento de la religión para agitar los ánimos perdería en breve la más eficaz de todas sus armas. Mas Pío VII, aunque resentido y aun á veces intimidado por sus maquinaciones, se mostró resuelto á sacrificar al interés de la religión y de la Santa Sede toda consideración de par-

tido. Sólo una razón entibiaba un tanto sus excelentes resoluciones, que era la esperanza vaga y poco prudente de recobrar las Legaciones perdidas por el tratado de Tolentino (1).

Monseñor Spina, residente ya en París, recibió orden de ir ganando tiempo, por si entretanto se le ocurría al primer cónsul, que como dueño de Italia podía disponer de ella á su capricho, la feliz idea de restituir las Legaciones á la Santa Sede. Nació esta esperanza de una expresión que frecuentemente se oía en la boca del primer cónsul, y que en rigor no quería significar tanto como se suponía. «Que el Padre Santo confie en mí, solía éste decir; que se eche en mis brazos, y encontrará en mí la Iglesia un nuevo Carlomagno.—Si es un nuevo Carlomagno, respondían aquellos clérigos, poco entendidos en los negocios del siglo, ¿por qué no lo prueba devolviéndonos al patrimonio de San Pedro?» Desgraciadamente sus pretensiones iban muy descaminadas, porque el primer cónsul creía haber hecho ya lo muy bastante restableciendo al papa en Roma, restituyéndole con su trono pontificio el Estado romano, y prometiéndole tratar con él sobre el restablecimiento del culto católico. Y en efecto, atendido el estado de los ánimos en Francia y en Italia, no era poco lo que acababa de hacer. Si los patriotas franceses, embebidos aún en las ideas del siglo XVIII, veían con poca satisfacción el próximo restablecimiento de la Iglesia católica, los patriotas italianos veían con desesperación depender su gobierno del clero. Era, pues, imposible para el primer cónsul llevar la complacencia hasta el extremo de devolver á la Santa Sede las Legaciones que no podían soportar el gobierno clerical, y que por otra parte constituían una porción del territorio prometido á la república Cisalpina. Mas la corte de Roma, por la penuria en que se encontraba desde que se veía privada de las rentas de Bolonia, Ferrara y la Romanía, razonaba de muy distinto modo; por lo demás, el papa, que en medio de las pompas del Vaticano vivía á modo de anacoreta, pensaba menos que el cardenal Consalvi en los intereses puramente terrestres, y el cardenal Consalvi menos que monseñor Spina. Caminaba éste á paso de lobo en la negociación, escuchando cuanto le decían relativamente á las cuestiones religiosas, fingiendo atribuir á éstas una importancia exclusiva, y procurando, no obstante, por medio de expresiones que de cuando en cuando soltaba sobre la miseria de la Santa Sede, promover la plática acerca de las Legaciones. No había conseguido hacerse entender, é iba dando largas hasta lograr algo que correspondiese á las falsas esperanzas imprudentemente inspiradas á su corte.

(1) No existe negociación más curiosa ni más digna de meditación que la del Concordato; no hay ninguna que ofrezca más riqueza de pormenores en los archivos franceses, porque además de la correspondencia diplomática de nuestros agentes y de la misma correspondencia del abate Bernier, poseemos la de monseñor Spina y la del cardenal Caprara con el papa y el cardenal Consalvi. Conservamos la última en virtud de un artículo del Concordato por el cual los archivos de la legación romana habían de quedar en Francia en caso de rompimiento. Las cartas de monseñor Spina y del cardenal Caprara, escritas en italiano, son uno de los monumentos más curiosos de la época, y sólo en ellas se encuentra el secreto de las negociaciones religiosas de aquel tiempo, secreto aún poco conocido hoy día á pesar de las diversas obras que sobre esta materia han visto la luz pública. (N. del A.)

Para tratar con monseñor Spina había elegido el primer cónsul, según hemos dicho, el famoso cura Bernier, el pacificador de la Vendée. Este sacerdote, simple cura en la provincia de Anjou, desnudo de las prendas exteriores que una educación esmerada procura, pero dotado de un conocimiento profundo de los hombres, de una prudencia superior, largo tiempo experimentada en las críticas circunstancias de la guerra civil, y muy instruido en las materias canónicas, era el autor principal del restablecimiento de la paz en las provincias del Oeste. Apasionado por esa paz, que miraba como obra suya, deseaba naturalmente todo lo que podía cimentarla y consideraba la reconciliación de la Francia con Roma como uno de los medios más seguros para hacerla estable y completa. Por lo tanto, no cesaba de hacer al primer cónsul las más vivas instancias para apresurar las negociaciones con la Iglesia. Provisto de las competentes instrucciones, puso en conocimiento del arzobispo de Corinto las proposiciones del gobierno francés ya enunciadas, á saber: dimisión impuesta á todos los antiguos obispos titulares; nueva circunscripción diocesana; 60 sedes en lugar de 158; composición de un nuevo clero formado de eclesiásticos de todos los partidos; nombramiento de este clero por el primer cónsul y su institución por el papa; promesa de sumisión al gobierno establecido; sueldo según el presupuesto del Estado; renuncia de los bienes de la Iglesia y completo reconocimiento de la venta de dichos bienes; policía de los cultos conferida á la autoridad civil representada por el Consejo de Estado, y por último, perdón de la Iglesia para los clérigos casados y reunión de éstos con la comunión católica.

Mucho declamó monseñor Spina al oír enunciar tales condiciones; las calificó de exorbitantes, de contrarias á la fe, y sostuvo que el Padre Santo jamás consentiría en ellas.

Primeramente exigía el prelado romano que en el preámbulo del Concordato se declarase la religión católica como *religión del Estado* en Francia, que los cónsules la profesasen públicamente, y que las leyes y actos contrarios á esta declaración de una *religión de Estado* quedasen derogados. En cuanto á la nueva división de diócesis, admitía el número de las sedes, pero pretendía que el papa no tenía derecho para deponer á un obispo, que jamás había osado hacerlo ninguno de sus predecesores desde que existía la Iglesia romana, y que si el Padre Santo se arriesgaba á permitir semejante innovación, daría margen á un segundo cisma, pero dirigido esta vez contra el mismo Padre Santo; que todo lo que en esto podía hacer era entenderse amigablemente con el primer cónsul; que los antiguos titulares que se mostrasen animados de buenos sentimientos con respecto al gobierno francés, serían lisa y llanamente repuestos en sus diócesis, ó por lo menos en las diócesis correspondientes á las que habían ocupado antes; que los que por el contrario se habían conducido ó se conducían aún de modo que no fuesen acreedores á la confianza del gobierno, serían descartados, y entrarían á gobernar sus sedes interinamente mientras continuasen viviendo, que no sería mucho ciertamente atendida su avanzada edad, administradores elegidos por el papa y el primer cónsul de consuno.

No admitía, pues, monseñor Spina la idea de la for-

mación de un nuevo clero compuesto de todas las clases de clérigos y de todos los partidos, sino para las sedes vacantes, y ni quería que entrasen en dicha formación los constitucionales, á no ser que hiciesen una de esas retractaciones solemnes que son un triunfo para Roma, una compensación del perdón emanado de ella.

En cuanto al nombramiento de obispos por el jefe de la república y á su institución por el papa, no había muchas dificultades. Partíase naturalmente del principio de que el nuevo gobierno obtendría de la corte de Roma las mismas prerrogativas que el antiguo, y el primer cónsul vendría á representar en todo y por todo á los reyes de Francia. Siendo esto así, derecho suyo era el nombramiento de obispos; sin embargo, el cargo de primer cónsul era electivo, al menos por entonces. El general Bonaparte, actualmente revestido con este cargo, era católico, pero podrían no serlo sus sucesores, y no se admitía en Roma que pudiera nombrar obispos un príncipe protestante. Pedía monseñor Spina, por lo tanto, quedase prevista esta excepción.

En cuanto á los curas, los pareceres caminaban acordes; debía el obispo nombrarlos, sujetándolos á la aprobación de la autoridad civil.

Admitíase la promesa de sumisión á las leyes, aunque no la manera en que estaba redactada.

La consagración por el papa de la venta de los bienes de la Iglesia era asunto en que no cedía fácilmente el negociador romano. Reconocía él la imposibilidad absoluta de deshacer dichas enajenaciones, pero quería que no se exigiera de la Santa Sede una declaración en que podría considerarse implícita la aprobación moral de lo que en esta materia había pasado. Concedía una á renuncia completa á toda investigación ulterior negándose á reconocer formalmente el derecho de enajenación. Esos bienes, decía monseñor Spina, llamados *Vota fidelium, patrimonium pauperum y sacrificia peccatorum*, ni la misma Iglesia tendría derecho para enajenarlos; puede, sin embargo, renunciar á la acción que tiene para perseguir su restitución. En trueque de esta renuncia, pedía la devolución de los bienes no enajenados aún y la facultad de testar en favor de los institutos religiosos concedida á los fieles *in articulo mortis*, lo cual suponía la renovación de los bienes de manos muertas y hacía que volviese á empezar el antiguo orden de cosas bajo el cual era propietario el clero.

Finalmente, el perdón concedido á los clérigos casados y su reconciliación con la Iglesia era una cuestión de indulgencia, fácil de parte de la corte de Roma, siempre dispuesta á perdonar cuando el pecador reconoce su yerro. Exceptuaba, sin embargo, del perdón á dos clases de clérigos, los prelados y los antiguos regulares que habían hecho ciertos votos. Mal medio era este en verdad para granjearse la Santa Sede las simpatías del ministro de Negocios extranjeros Mr. de Talleyrand.

Estas pretensiones de la corte de Roma, aunque no envolvían una imposibilidad real de entenderse con el gobierno francés, presagiaban no obstante graves dispendios.

Andaba el primer cónsul por esta causa preocupado é impaciente, y así lo manifestaba; vió repetidas veces á monseñor Spina, y él mismo le declaró que jamás se separaría del principio fundamental de su proyecto, que consistía en dejar el campo expedito para formar una

nueva circunscripción y un nuevo clero, separar á los antiguos titulares y darles sucesores elegidos entre todas las clases de clérigos. Dijo que la fusión de los hombres probos y sabios de todos los partidos era su principio de gobierno; que aplicaría este principio así á la Iglesia como al Estado; que ese era en su opinión el único medio de acabar con los trastornos de Francia, y que insistiría invariablemente en su realización.

El cura Bernier, que reunía un sincero amor del bien á su ambición muy lícita de ser el instrumento principal del restablecimiento de la religión, hacía á monseñor Spina las más vivas instancias para vencer las dificultades que por parte de la corte de Roma se oponían al proyecto del primer cónsul. Declarar como *religión del Estado* la religión católica, decía él, es imposible, contrario á las ideas admitidas en Francia, y jamás votarán ni el tribunado ni el cuerpo legislativo ley alguna que así lo prescriba. Podía, según él, substituirse á tal declaración la mención de un hecho; á saber: que la religión católica era la de la mayoría de los franceses. La mención de este hecho era tan útil como la declaración deseada. Insistir en una cosa imposible, más bien por orgullo que por principio, era comprometer los verdaderos intereses de la Iglesia. Podría muy bien el primer cónsul asistir en persona á las ceremonias solemnes del culto, y la presencia de un hombre como él en tales ceremonias era ya de por sí un acto que significaba mucho; pero era preciso renunciar á exigir de él ciertas prácticas como la confesión ó comunión, que excedían de la medida á que convenía reducirse ante el público francés. Era preciso ir reuniendo los ánimos no contrariados, y sobre todo no provocar en ellos la burla. La petición dirigida á los antiguos titulares para que hiciesen su dimisión era muy sencilla; era una consecuencia del paso que habían dado cerca de Pío VI en 1790. En aquella época los prelados franceses, para dar á entender que el móvil de su resistencia era la fe, y no su interés privado, declararon que aceptaban al papa por árbitro y que resignaban sus sedes en sus manos; que si creía que debían abandonarlas en beneficio de la constitución civil, ellos estaban dispuestos á someterse. En virtud de esto, bastaba ahora recordarles la palabra empeñada y exigir el cumplimiento de aquella solemne oferta. Si algunos de ellos por motivos personales impedían que se lograra un bien tan grande como la restauración del culto en Francia, no había ya que mirarlos como titulares, sino como dimisionarios desde el año de 1790. Añadía el cura Bernier que ya la historia de la Iglesia ofrecía un caso de aquella especie en la resignación en masa de los trescientos obispos de África consentida para acabar con el cisma de los donatistas. Verdad es, sin embargo, que aquellos obispos no fueron depuestos. En cuanto á las nuevas elecciones que habría que hacer, era preciso admitir el principio de fusión del primer cónsul; aplicaría éste especialmente en provecho de los clérigos *no juramentados*; elegiría dos ó tres constitucionales, únicamente para cumplir con el artículo que lo determinase, pero en la generalidad sólo llamaría á los ortodoxos. El negociador francés se adelantaba en esto bajo su propia responsabilidad á más de lo que debía; verdad es que el primer cónsul tenía poco apego á los obispos constitucionales, que eran la mayor parte jansenistas, de espi-

ritu mezquino ó declamadores de los clubs; verdad es que en aquel clero sólo estimaba á los meros sacerdotes que por lo general habían prestado juramento por obedecer á las leyes y por el deseo de continuar en su grado ministerio y que no se habían aprovechado de las revueltas de la época para ascender á la jerarquía sacerdotal; pero, sin embargo, aunque apreciaba poco á los obispos constitucionales, profesaba con rigidez su doctrina de fusión, y no tenía en tan poco como parecía indicarlo el cura Bernier los derechos del clero *juramentado*. Mas el cura Bernier lo suponía así para sacar adelante la negociación. En cuanto al nombramiento de obispos por el primer cónsul, era preciso, según el cura Bernier, pasar por alto la dificultad muy lejana y muy poco probable de tener algún día un primer cónsul protestante. No valía la pena, según él, atender á un porvenir tan poco verosímil. Por lo tocante á los bienes del clero, puesto que había unanimidad acerca del principio, convenía ponerse cuanto antes de acuerdo sobre el modo de redactarlo. Por lo que hace á la restitución de los bienes no vendidos y á las donaciones testamentarias de bienes raíces, eran inconciliables con los principios políticos hoy reconocidos en Francia; principios en un todo contrarios á los bienes de manos muertas. Sobre esto era menester contentarse con una concesión, la de las donaciones constituidas en rentas sobre el Estado.

Decía, por último, el cura Bernier que ya era tiempo de concluir, puesto que el primer cónsul comenzaba á mostrarse descontento. Sabía que el papa no tenía bastante carácter para romper con el partido emigrado y entregarse enteramente á la Francia, y ya meditaba renunciar al bien que en un principio había trazado, y sin perseguir á los clérigos entregarlos á sí mismos, dejando que la Iglesia llegase á ser en Francia lo que pudiera, reservándose él observar en Italia una conducta hostil á la corte de Roma. Era haber perdido toda sombra de discernimiento, decía el cura Bernier, no aprovecharse de las buenas disposiciones de un hombre tan grande, único capaz de salvar la religión. Él también tenía grandes dificultades que superar tocante al partido revolucionario, y lejos de suscitarle embarazos se le debía ayudar á vencerlos concediéndole lo que reclamaba como necesario para granjearse los ánimos poco dispuestos en Francia en favor del culto católico.

Empezaba monseñor Spina á verse muy apurado; era creyente, pero más aún que creyente, ambicioso. Pidiendo sin cesar dinero á su corte, su anhelo más ardiente era hacerla rica y pródiga como en otro tiempo. Pero desalentábase singularmente el mal éxito de sus insinuaciones relativamente á las provincias perdidas. Empezaba á notar que el primer cónsul, tan astuto como los clérigos italianos, no quería explicarse con agentes que por su parte no se explicaban. Veía además á todas las cortes puestas, por decirlo así, á sus pies; veía al negociador ruso M. de Kalitscheff, que había querido proteger con tanta insolencia á los príncipes de segundo orden de Italia, contrariado y obscurecido; la Alemania, toda dependiente de la Francia, esperando la repartición de las indemnizaciones territoriales; el Portugal sumiso, y la misma Inglaterra reducida á la paz por el cansancio. En presencia de aquel estado de cosas, convenciéndose de que no había más arbitrio que

someterse y esperar de la sola voluntad del primer cónsul la concesión de lo que se deseaba. Aunque dispuesto á ceder, no osaba monseñor Spina adherirse á las condiciones tan absolutas que el gabinete francés había establecido con la evidente resolución de no cesar un punto, por hallarse determinadas según las necesidades imperiosas de la situación.

Sacó el primer cónsul de su embarazo al negociador romano con su acostumbrado desenfado. Era el momento ya arriba mencionado en que todas las negociaciones marchaban á una, especialmente con la Inglaterra. Pensando con una especie de júbilo en el efecto prodigioso de una paz general que comprendiese á la Iglesia misma, resolvió acabar de una vez por un procedimiento rápido y decisivo. Hizo redactar un proyecto de Concordato para presentarle definitivamente á monseñor Spina; los que de este asunto entendían en la secretaría de Negocios extranjeros eran dos eclesiásticos que habían dejado las órdenes, Mr. de Talleyrand y Mr. de Hauterive; pero felizmente entre ellos y monseñor Spina andaba el diestro y ortodoxo Bernier. El proyecto redactado por Mr. de Hauterive y revisado por el abate Bernier era sencillo, claro y absoluto. Comprendía, redactado á modo de ley, todo cuanto había propuesto la legación francesa. Fué presentado á monseñor Spina, el cual quedó estupefacto, y ofreció enviarlo á su corte, declarando no tener autorización para firmarlo. «¿Por qué, le dijeron, se niega usted á firmarlo? Si no tiene usted poderes para ello, ¿qué hace usted en París seis meses ha? ¿Por qué acepta usted una misión que no puede llevar á cabo, es decir, hasta una necesaria conclusión? ¿Le parece á usted por ventura inadmisibles el proyecto? En tal caso declárelo usted así, y el gabinete francés que no puede otorgar otra especie de condiciones, dejará de negociar con usted. Romperá ó no con la Santa Sede, pero acabará de una vez con monseñor Spina.»

El astuto prelado no sabía qué responder. Afirmó que tenía los competentes poderes, mas no atreviéndose á declarar que juzgaba inadmisibles las proposiciones francesas, alegó que en materia de religión sólo el papa con sus cardenales podía aceptar un tratado, y renovó de consiguiente la oferta de enviar el proyecto del primer cónsul á S. S. «Sea, se le dijo; pero al remitirlo declare usted por lo menos que lo aprueba.» Monseñor Spina se negó de nuevo á toda fórmula de aprobación, y contestó que dirigía sus instancias al Padre Santo para que adoptase un tratado que había de restablecer en Francia la fe católica.

Despachóse un correo á Roma con el proyecto de Concordato y con orden terminante á Mr. de Cacault, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, para que lo sometiese á la aceptación definitiva é inmediata del papa. Era dicho correo portador de un presente que debía causar gran júbilo en Italia: la famosa Virgen de madera de Nuestra Señora de Loreto, sustraída del mismo Loreto en tiempo del Directorio y expuesta luego en la biblioteca nacional de París como objeto de curiosidad. (1). Sabía el primer cónsul que la coloca-

ción de aquella reliquia en la biblioteca real era para muchos fieles sinceros y puntillosos un asunto de escándalo, é hizo que precediese al Concordato aquella piadosa restitución.

Fué aquel presente recibido en la Romanía con un alborozo difícil de comprender en Francia. El papa por su parte recibió el Concordato mejor de lo que se esperaba: el digno pontífice, más atento á los intereses de la fe que á sus intereses temporales, no veía en el proyecto cosa alguna absolutamente inadmisibles, y creía que con algunas variantes de redacción llegaría á satisfacer al primer cónsul, lo que consideraba de importancia suma, dado que el restablecimiento de la religión en Francia era á sus ojos el más grande y esencial de todos los negocios de la Iglesia.

Nombró á los tres cardenales Cavandini, Antonelli y Gerdil para que procediesen á examinar el proyecto remitido de París. Pasaban los cardenales Antonelli y Gerdil por los dos personajes más sabios de la Iglesia; el último, como oriundo de la Saboya, era reputado francés. Encargóse á los tres la mayor diligencia posible. Terminado el primer examen, dirigieron su informe á una reunión de doce cardenales elegidos entre los que se hallaban en Roma, que eran los que mejor comprendían los intereses de la Iglesia romana. Hízoles prometer el secreto por los Santos Evangelios. El papa, temeroso de las maquinaciones y de las declamaciones de los emigrados franceses, trazaba el modo de substraer la decisión del sacro colegio á todo influjo de partido; así, pues, por su parte todos los esfuerzos llevaban el carácter de una sinceridad perfecta. El ministro francés era enteramente de su gusto; Mr. de Cacault era un hombre de talento y de nobles sentimientos, en quien se juntaban á los recuerdos del siglo XVIII, á que por su edad y educación pertenecía, las ideas que Roma inspira á todos los que viven en medio de su arruinada grandeza y de sus pompas religiosas. Al dejar á París, solicitó Mr. de Cacault las instrucciones del primer cónsul, y éste le contestó con aquel dicho memorable: «Trate usted al papa como si tuviera doscientos mil

en su excelente *Historia de Pío VII* el siguiente hecho, que prueba cuán poderoso era en el general Bonaparte el sentimiento religioso, á pesar del espíritu materialista y ateo de la cohorte que le rodeaba. Al llegar á Ancona el 10 de febrero del referido año, díjéronle que la Virgen de San Ciriaco abría y cerraba los ojos, y después de haber hecho comparecer á su presencia tres canónigos de dicha iglesia, y de preguntarles con tono áspero y mofador «si pensaban con aquella patraña detener la marcha de sus legiones victoriosas,» habiendo examinado atentamente la imagen y viendo que no había en ella artificio alguno de que se pudiera culpar al cabildo de San Ciriaco, arrancó con desenfado una rica diadema de joyas y un precioso collar de finas perlas que llevaba la Virgen, y volviéndose á los canónigos les dijo: «La mitad de este valor para el hospital, y la otra mitad para dotar doncellas pobres.» Mas preguntándoles en seguida cuántas personas habían acudido á implorar el amparo de aquella Virgen, y respondiéndole ellos que un gentío inmenso, más de sesenta mil personas, quedó Bonaparte suspenso, y mandando encender velas delante de la imagen se puso á contemplarla nuevamente con grande atención; permaneció largo rato en silencio y con los ojos clavados en ella, y por último mandó que se le restituyesen sus joyas y que se la volviera á colocar donde estaba.

El 18 del mismo, habiendo establecido su cuartel general en Tolentino, á corta distancia de Loreto, sus tropas invadieron y saquearon este famoso templo, célebre por las riquezas que había acumulado la piedad de los fieles, sin que Bonaparte pudiera estorbarlo. (N. del T.)

(1) En el año de 1797, mientras una serie no interrumpida de victorias hacía á Bonaparte dueño de la Italia superior, varias imágenes de Virgenes milagrosas excitaban la atención y el entusiasmo de las poblaciones de aquella comarca, y refiere Mr. Artaud

soldados.» Mr. de Cacault era afecto á Pío VII y al general Bonaparte, y con oficios de buen medianero los inclinaba á ambos á apreciarse mutuamente. «Fiaos del primer cónsul, decía sin cesar el papa, él arreglará vuestros asuntos; pero haced lo que os pida, porque todo lo que de vos solicite le es indispensable para salir adelante.» Y decía al primer cónsul: «Tenga usted un poco de paciencia: el papa es el más santo y el más afable de los hombres. Quiere satisfacer á usted, pero déle usted tiempo; es preciso ir acostumbrando su ánimo y el de los cardenales á las proposiciones absolutas que usted envía. En Roma hay más creencia de la que usted imagina; es necesario conducirse con esta corte con dulzura; si la contrariamos nos exponemos á hacerla perder el juicio y entonces tomará desesperada una resolución de mártir como único recurso en su situación.» Estos sabios consejos moderaban los ímpetus del primer cónsul y le disponían á tolerar con paciencia el examen meticuloso de la corte de Roma.

Finalmente, cuando se acabó aquel trabajo, el papa y el cardenal Consalvi tuvieron muchas entrevistas con Mr. Cacault. Comunicáronle el proyecto romano, y Mr. Cacault, hallándole muy distante del proyecto francés, hizo reiterados esfuerzos para obtener modificaciones. Fué preciso recurrir segunda vez á la junta de los doce cardenales, en lo que se volvió á invertir mucho tiempo, de manera que sin obtener resultados notables el mismo Mr. Cacault contribuyó á que se malograra un mes entero. Por último, pusieron de conformidad en cuanto fué posible, y se determinó atenerse á un proyecto, cuyas diferencias con el proyecto del primer cónsul eran las siguientes:

Se declararía ser la religión católica en Francia religión del Estado; los cónsules la practicarían públicamente; se haría una nueva circunscripción diocesana de solas sesenta sedes, como deseaba el primer cónsul. El papa amonestaría á los antiguos titulares á que hicieran voluntariamente su renuncia, apoyándose en la oferta de dimisión que hicieron á Pío VI en 1790. Era probable que la haría un número considerable, en cuyo caso las sedes vacantes por defunción ó renuncia suministrarían al gobierno francés una amplia lista de nombramientos nuevos. En cuanto á los que rehusasen hacerla, tomaría el papa las medidas convenientes para que no permaneciese en sus manos la administración de sus sedes.

Decía el excelente pontífice al primer cónsul en una carta afectuosa que le dirigía: «Dispéñeme usted de declarar públicamente que destituiré á los ancianos prelados que han sufrido crueles persecuciones por causa de la Iglesia. Primeramente mi derecho para hacerlo es dudoso; en segundo lugar me pesa tratar así á ministros del altar desgraciados y proscritos. ¿Qué respondería usted á los que le pidiesen que sacrificara á esos generales que le rodean, y cuya fidelidad le ha hecho tantas veces triunfador?.. El resultado que usted desea será el mismo en la esencia, porque la mayor parte de las sedes vendrán á quedar vacantes por dimisión ó por muerte de sus titulares. Usted las proveerá, y en cuanto al escaso número de las que queden ocupadas de resultados de negarse á la dimisión, no nombraremos aún sus titulares; pero las haremos administrar por vicarios dignos de su confianza de usted y de la nuestra.»

En los demás puntos el proyecto romano era con corta diferencia conforme con el proyecto francés. Concedía los nombramientos al primer cónsul, exceptuando el caso en que éste fuera protestante; contenía la consagración de las ventas nacionales, pero insistiendo en que fuera permitido hacer al clero donaciones testamentarias en bienes raíces; concedía además á los clérigos casados las indulgencias de la Iglesia.

La dificultad más grave era sin disputa la deposición de los antiguos obispos que se negasen á hacer su renuncia. Mucho costaba hacer este sacrificio al papa, porque era inmolar al antiguo clero francés á los mismos pies del primer cónsul; no obstante, era indispensable hacerlo para que éste pudiese á su vez suprimir el clero constitucional y hacer de los diversos cleros uno solo, compuesto de personas apreciables de todas las sectas. Era aquella una de las grandes ocasiones en que el pontificado se mostraba pronto á tomar una resolución heroica para salvar á la Iglesia; pero en el momento de decidirse, el corazón benéfico y timorato del pontífice era presa de las más dolorosas perplejidades.

Mientras así pasaba el tiempo en Roma en conferencias de los cardenales entre sí y en conferencias de la secretaría de Estado con Mr. Cacault, el primer cónsul iba perdiendo la paciencia en París y empezaba á temer que la corte de Roma anduviese en intrigas, ya con los emigrados, ya con las cortes extranjeras, especialmente con el Austria. Agregábanse á su natural desconfianza las sugerencias de los enemigos de la religión, que trataban de persuadirle que se le engañaba y que á pesar de su habilidad y penetración estaba siendo el juguete de la astucia italiana. Mucho dudaba, en verdad, que pudiera ser otro alguno más sagaz que él; mas quiso, sin embargo, sondear aquel golfo que le pintaban como tan profundo, y el mismo día (13 de mayo) en que salió de Roma el correo portador de los despachos de la Santa Sede tomó en París una medida amenazadora.

Citó al abate Bernier con monseñor Spina y Mr. de Talleyrand en la Malmaison. Les declaró que ya no tenía confianza en las buenas disposiciones de la corte de Roma; que en ésta podía más el deseo de contemplar á los emigrados que el de reconciliarse con la Francia; y que prefería el interés de partido al interés de la religión; que desaprobaba altamente que se tomara el parecer de las potencias enemigas, y quizás el de los mismos jefes de la emigración para saber si se debía ó no tratar con la república francesa; que la Iglesia, que podía recibir de él inmensos beneficios, debía aceptarlos ó rehusarlos inmediatamente, y no demorar el bien de los pueblos con inútiles vacilaciones y con consultas aún más importunas; que prescindiría de todo punto de la Santa Sede, ya que ésta no quería coadyuvar á sus fines; que aunque no volviese á padecer la Iglesia por su causa días de persecución, abandonaría á su suerte á los sacerdotes, limitándose á castigar á los turbulentos y dejando á los otros vivir como pudieran; finalmente, que se consideraría como libre de todo empeño con la corte romana, y aun de los empeños contraídos en el tratado de Tolentino, puesto que este tratado había quedado roto de hecho el día en que se declaró la guerra entre Pío VI y el Directorio. El tono del primer cónsul al proferir estas palabras era frío, positivo y aterrador. Dió á entender por las explicaciones que añadió á dicha

declaración, que su confianza en el Padre Santo era siempre la misma; pero que imputaba todos aquellos entorpecimientos al cardenal Consalvi y á los que rodeaban al papa,

El primer cónsul logró su objeto; porque el malhadado Spina salió de la Malmaison todo consternado y aturdido, y se trasladó rápidamente á París para enviar á su corte un parte en que rebosaba todo el espanto de que se hallaba poseído. Mr. de Talleyrand por su parte escribió á Mr. de Cacault otro conforme con la entrevista celebrada. Le encargó que pasase á ver al papa y al cardenal Consalvi, que les declarase que el primer cónsul á pesar de su absoluta confianza en el carácter personal del Padre Santo no la tenía igual en su gobierno; que estaba resuelto á cortar una negociación tan poco sincera; y que él por su parte tenía orden de abandonar á Roma en el término de cinco días si el proyecto de Concordato no se adoptaba inmediatamente ó sólo se adoptaba con modificaciones. En efecto, Mr. de Cacault tenía instrucciones para retirarse á Florencia expirado aquel término, y esperar allí las determinaciones ulteriores del primer cónsul.

Llegó este despacho á Roma á últimos de mayo; mucho apesadumbró á Mr. de Cacault que temía turbar y aun instigar quizá al gobierno romano á que tomase una resolución desesperada con las noticias de que era portador, y sobre todo afligir á un pontífice que le había inspirado un aprecio verdadero y profundo. Sin embargo, eran tan absolutas las órdenes del primer cónsul, que no había medio alguno de eludir su cumplimiento. Presentóse, pues, Mr. de Cacault al papa y al cardenal Consalvi, y les manifestó sus instrucciones, que produjeron en ambos gran sentimiento. El cardenal Consalvi en particular, que se veía claramente designado en la correspondencia del primer cónsul como autor de las interminables dilaciones de aquella negociación, quedó poseído de espanto. No obstante, su culpa era lo de menos, pues las formalidades rancias de aquella cancelaría, la más antigua del mundo, eran la sola causa de la lentitud de que se quejaba el primer cónsul, por lo menos desde que el negocio había pasado á Roma. Mr. de Cacault propuso al papa y al cardenal Consalvi una idea, que aunque de pronto les causó turbación y sorpresa, les pareció después el único medio de salvación. «No queréis, les dijo, adoptar el Concordato enviado de París en todas sus expresiones; pues bien, que vaya el mismo cardenal á Francia, investido con vuestros poderes. Así le conocerá el primer cónsul, le inspirará confianza, y obtendrá todas las variantes de redacción indispensables. Si alguna dificultad ocurriere, él podrá zanjarla; su presencia allí excusará la pérdida de tiempo, que es lo que más mortifica el ánimo impaciente del jefe de nuestro gobierno. Así saldréis de un gran peligro, y se salvará la causa de la religión.» Mucho le dolía al papa separarse de un ministro sin el cual no sabía hallarse, y que era el único que le infundía alientos para soportar las penalidades de la soberanía. Estaba, pues, sumergido en las más crueles ansiedades, aprobando como muy juiciosa la idea de Mr. de Cacault, y quejándose al mismo tiempo de la cruel separación que se le proponía.

Aquella facción implacable, compuesta no sólo de emigrados, sino de todos los que en Europa detestaban

la revolución francesa; esa facción que hubiera deseado una guerra eterna con la Francia, que había visto con dolor terminada la guerra civil de la Vendée, y que con no menor dolor veía herido de muerte el cisma, asediaba ahora á Roma con cartas, difundía en ella las murmuraciones y cubría sus paredes de pasquines. En uno de éstos se decía que Pío VI por salvar la fe había perdido la Santa Sede, y que Pío VII por salvar la Santa Sede iba á perder la fe. (1). Las invectivas de que era objeto no entibiaban en este pontífice sensible, pero fiel á sus deberes, la resolución de salvar á la Iglesia á pesar de todos los partidos y á pesar del partido de la Iglesia misma, pero le atormentaban mucho. El cardenal Consalvi era su confidente y su amigo; separarse de él era una pena acerba. El cardenal por su parte estaba aterrado sólo con imaginarse en París, ese golfo revolucionario que según le decían había devorado tantas víctimas. Temblaba á la sola idea de hallarse cara á cara con aquel formidable general, objeto á un mismo tiempo de admiración y de espanto, que monseñor Spina le pintaba como particularmente ofendido contra el secretario de Estado. Aquellos pobres prelados se formaban mil ideas falsas de la Francia y de su gobierno, y á pesar de que la suponían ya más civilizada, se estremecían pensando que podrían caer entre sus manos. Decidióse, pues, el cardenal, pero hizolo con toda la resignación del que va á arrostrar la muerte. «¡Puesto que es menester una víctima, yo me consagro tal, y me entrego á la Providencia!» Hasta cometió la imprudencia de escribir á Nápoles cartas en que reproducía estas palabras, y que llegando á noticia de nuestro ministro en aquella corte fueron comunicadas al primer cónsul (2). A éste por fortuna le parecieron más ridículas que irritantes.

Pero el viaje á París del secretario de Estado estaba lejos de allanar todas las dificultades y de prevenir todos los riesgos. La retirada de Mr. Cacault á Florencia, donde tenía su cuartel general el ejército francés, iba á ser quizás una manifestación funesta para los dos gobiernos de Roma y de Nápoles. Estos gobiernos, en efecto, se veían continuamente amagados por las pasiones comprimidas y siempre ardientes de los patriotas italianos. El del papa era odioso á los que no querían ya estar gobernados por clérigos, y su número era considerable en el Estado romano; el de Nápoles era justamente aborrecido por la sangre que había derramado. Podía mirarse la partida de Mr. Cacault como una especie de permiso dado á los cabecillas exaltados italianos para fraguar alguna tentativa peligrosa. Así lo temía el papa, y para destruir toda interpretación desventajosa se convino en que partirían juntos Mr. de Cacault y el cardenal Consalvi y viajarían unidos hasta Florencia. Además en Roma dejó Mr. de Cacault á su secretario de legación.

Cacault y monseñor Consalvi salieron de Roma el 6

(1) Pío VI per conservar la fede perde la Sede.
Pío VII per conservar la Sede perde la fede.

(N. del A.)

(2) Así se lo escribió en efecto al caballero Acton y éste enseñó la carta al embajador de Francia en Nápoles. V. *Hist. gen. de la Iglesia* del barón Henríón, t. xii, p. 252. (N. del A.)